su gusto; lo que hay de cierto á lo menos, es que su tutor advirtió este cambio, y creyó que debia hablarle y felicitarla por él.

Una mañana que estaba trabajando con miss Woodley, entró en su cuarto; la conversacion giro por de pronto sobre asuntos indiferentes, á que su pupila respondia con voz lánguida y tono abatido. Por fin le dijo:

— Quizá me equivoco, miss Milner, pero me parece que de algun tiempo á esta parte, está vm. mas pensativa que de ordinario.

Ella se puso colorada como le sucedia siempre que se trataba de su persona.

temo que hallaria vm. alguno que no podria vm. perdonar.

Caminaban tan directamente al objeto estas palabras, que miss Woodley comenzaba á alarmarse; pero no habia motivo. Amaba miss Milner con un amor demasiado sincero para hacerse traicion delante del objeto amado.

El respondió:

— Y si todos los mios le fuesen á vm. conocidos, quiza hallaria vm. tambien algunos que le pareciesen imperdonables.

Perdió ella el color y su mano se quedó sin fuerza para manejear la aguja; ciega de esperanzas, se imaginó

que el amor de milord hácia ella era uno de aquellos sentimientos de que él hablaba, y como su turbacion le impedia responder, continuó milord:

—Mucho tenemos que perdonarnos uno y otro, y no sé yo si el amigo oficioso que quiere absolutamente que se sigan sus buenos consejos no es tan reprensible, como el que se obstina en no escucharlos. Despues de este prefacio, que puede de antemano servir á vm. de apologia, aunque vm. hubiese de rehusar mis consejos, voy á aventurar el hacerle conocer mis deseos.

—Milord, jamas me he negado á seguir sus consejos de vm., á no ser

cuando mi propia dicha estaba tan interesada en ello, que una escesiva deferencia de mi parte, hubiera sido vituperable.

—Pues bien, señorita, yo me someto á sus determinaciones de vm., y no me opondré ya al partido que parece querer vm. tomar de no casarse.

A estas palabras que probaban demasiado cuan distante estaba el de pedir su mano para sí mismo, quedó profundamente afligida miss Milner, y le dirigió una mirada llena de reconvencion, en la que él no fijó la atencion.

—¿Mientras que vm. permanezca

soltera, me parece que la voluntad de su padre le prescribe el que permanezca conmigo; pero como yo tengo el designio de hacer en lo sucesivo mi mansion ordinaria en el campo, respóndame vm. con franqueza: Cree vm. poderse hallar feliz en él á lo menos durante nueve meses del año?

Dudó ella un momento y por fin respondió:

—No tengo reparo alguno que oponer.

—Estoy sumamente satisfecho de oir hablar á vm. así, continuó él con viveza, porque mi mas ardiente deseo es tenerla á vm. conmigo; su dicha de vm. me interesa mas que la

mia propia; y, si estuviéremos distantes el uno del otro, mi alma seria presa de continuos temores.

Enterneciose miss Milner del tono con que pronunció estas palabras, lo que no dejó él de notar, y, para convencerla, para penetrarla aun mas del interés que tomaba por ella, añadió con nuevo calor.

—Si vm. se resuelve á no vivir en Londres, durante el tiempo de que yo hablo, nada olvidaré de cuanto sea capaz de hacer la mansion del campo tal como vm. pudiera desearla; yo rogaré á miss Woodley que nos acompañe tanto por vm. como por mí; y no seré yo el único que me dedicaré

á formar á vm. una sociedad agradable, sino que yo respondo de que este será tambien el primer cuidado de lady Elmwood.

Iba él á continúar, pero el golpe habia sido dirigido al corazon de miss Milner.

Observó que habia cambiado de color, y fijó en ella su vista.

La alteracion de sus facciones no indicaba solamente un simple tránsito del gozo al pesar, del placer á la pena; era un vivo dolor, era una verdadera angustia la que sentia miss Milner y no disimulaba su semblante.

No lloraba, pero llamó á su lado

á miss Woodley, con una voz que hacia comprender cuanto ella estaba sufriendo.

— Milord (esclamó miss Woodley consternada y temerosa de que él no penetrase el secreto de su pupila), milord, miss Milner ha vuelto á engañar á vm.; no le hable vm. mas de dejar á Londres, esto es lo que le ha hecho tanto daño.

Pareció que le afligia aun mas su mala fe que el estado en que se hallaba. ¡Buen Dios! esclamó, ¿cómo podré yo satisfacer jamas sus deseos? cómo sabré lo que ella quiere, si en lugar de confiar en mí, continua

siempre engañándome de esta manera?

Apoyábase ella, pálida como la muerte, sobre el hombro de miss Woodley; su ojo estaba fijo y parecia insensible á cuanto se le decia. El continuó:

—Pongo al cielo por testigo, sí, si yo supiese, si yo concibiese algun medio de hacerla feliz, le sacrificaria aun mi propia dicha.

—Milord, dijo sonriéndose miss Woodley, quiza algun dia recordaré yo á vm. ese compromiso.

La confusion de sus pensamientos no le permitió penetrar el sentido de aquellas palabras, pero repitió con

calor. —Hable vm., yo estoy pronto á cumplirlo; hable vm., vm. verá si me vuelvo atras.

Aunque sabia muy bien miss Milner que no podia, en conciencia, prevalerse contra él de aquella declaracion, sin embargo el ardor con que la habia hecho, reanimó sus amortiguados espíritus. Esperimentó aquella especie de placer que se percibe algunas veces, al pensar en que se posee alguna cosa preciosa, aunque no se esté decidido á hacer jamas uso de ella. Levantó la cabeza y la sostuvo con su mano, apoyándola sobre la mesa, pero sin proferir una palabra, y como abismada en las mas sombrías

reflexiones. Su estado sin embargo comenzaba á dar menos cuidado; y la compasion é inquietudes de su tutor hicieron de nuevo lugar al resentimiento. Aunque él no lo dijese, no dejaba de estar y de parecer ofendido.

Presentóse en aquel momento M. Sandford.

Menos penetracion que la suya hubiera bastado para conocer cuan tristes y descontentos estaban todos. Cualquiera otro, hubiera tomado parte, acaso, en las disposiciones que se leian en sus semblantes, pero él, despues de haber considerado sucesivamente todos los actores de aquella escena, se mostró muy alegre.

—Me parece que está vm. afligido, milord, le dijo sonriéndose.

—Vm. me parece que no lo está, M. Sandford, replicó milord Elmwood.

—No, milord, y no lo estaria mas si me hallase en su lugar de vm. ¿Qué es lo que debe turbar á un hombre de conocimiento, á no ser un objeto que merezca la pena? y dirigió los ojos hácia miss Milner.

—No hay aquí objetos que no merezcan nuestros cuidados.

—Hay algunos á lo menos, interrumpió el otro, para quien todos

nuestros cuidados son inútiles : vm. convendrá en ello milord.

—Jamas he desesperado de nadie, M. Sandford.

—Y sin embargo no faltan personas de quienes, sin mucha presuncion, nada se puede esperar.

—¿Tiene vm. mala la cabeza, miss Milner? le preguntó su amiga, viendo que la apoyaba sobre su mano.

—Y muy mala que la tengo, respondió ella.

—M. Sandford, dijo miss Woodley, ¿tomó vm. todas las gotas de ether que dió á vm. miss Milner por una indisposicion semejante?

—Sí, respondió él, todas los tomé :

sentarse en la palestra delante de miss Milner?

No era difícil el adivinar cual era esta rival; ó, si hubiese quedado aun alguna duda, miss Woodley consiguió el desvanecerla bien pronto, merced á M. Sandford, quien no penetrando el motivo de las preguntas de miss Woodley, se apresuró á responderle que la futura lady Elmwood no era otra que miss Fenton, y que se celebraria su casamiento luego que se quitase el luto del último lord Elmwood. No pudo oir miss Woodley sin estremecerse, que se habia fijado ya la época; mas no por eso dejó de referir á miss Milner palabra por pala-

bra, lo que Sandford le habia dicho.

— ¡Feliz, feliz muger! esclamó miss Milner al oir el nombre de miss Fenton, ¡ella es la primera que ha hecho palpitar su corazon, ella es quien ha gozado de la deliciosa dicha de enseñarle á amar!

— ¿Qué es lo que vm. dice? replicó miss Woodley, á quien no le ocurria medio alguno mas propio para consolar á su amiga. No crea vm. que su union sea obra del amor. Ese es un deber, un arreglo de familia; ¿no lo prueba bastante la misma eleccion de la esposa? Milord Elmwood habia mirado á miss Fenton como un buen partido para su primo; y las mismas

razones de conveniencia se la habrán hecho elegir para sí mismo.

Deseaba demasiado miss Milner que su amiga dijese la verdad, para no creerla fácilmente.

— ¡Oh! esclamó ella, ¡qué no pueda yo oponer los fuegos del amor á los frios arreglos de conveniencia! ¿Cree vm., mi querida miss Milner, y sus miradas eran tan ejecutivas que era imposible el no responder como ella deseaba, cree vm. que seria yo culpable con respecto á miss Fenton, si encendiese en el corazon de su futuro esposo un amor que ella puede no haberle inspirado, y que la contemplo incapaz de sentir?

Despúes de un momento de silencio, respondió miss Woodley : — No. Pero dudó al pronunciar estas palabras; dijo, no, y parecia reconvenirse de no haber dicho, sí. No le dió tiempo miss Milner para reponerse, ni para interpretar lo que habia dicho; pero se apresuró ella á declarar, que puesto era aquella la opinion de su amiga, sentia en sí un nuevo aliento, y que haria cuanto estuviese de su parte para suplantar á su rival : sin embargo, á fin de justificarse á sus propios ojos, y sobre todo para tranquilizar la conciencia de miss Woodley, decidieron entre sí, que el corazon de miss Fenton no tenia la mas

mínima parte en su proyectado casamiento con milord Elmwood, y que por lo mismo le seria indiferentes se formasen ó rompiesen sus nudos.

Desde la muerte de su primer amante, no habia ido á Londres miss Fenton, ni el nuevo conde Elmwood se habia arrimado al sitio en que ella vivia, desde el dia en que habia muerto su primo. Era imposible que en aquel mismo dia hubiera él pensado en hacerle una declaracion de amor. Si la habia hecho despues, no habia podido ser sino por cartas ó por medio de Sandford, que las dos amigas no ignoraban hubiese estado en la campiña á visitar á miss Fenton; ademas de que

¡cuan poco á propósito era M. Sandford para hacer valer una declaracion de amor! reflexion que las consolaba.

Asi es que de conjeturas en conjeturas, fundadas unas y otras no, iban tomando ánimo nuestras dos amigas: pero al siguiente dia, vino una nube á oscurecer sus esperanzas; porque, á la hora del desayuno, les dijo M. Sandford:

—Miss Fenton, señoras, me encarga muchos cumplimientos para vms.

—¿Está en Londres? preguntó madama Horton.

—Llegó ayer tarde, respondió

Sandford; vive en casa de su hermano, calle de Ormond. Milord y yo cenamos allí anoche, motivo por el cual vinimos tan tarde.

Al punto se presentó milord Elmwood, y saludando á su pupila, le confirmó lo que acababa de oir, diciéndole que miss Fenton le habia encargado para ella sus mas tiernos respetos.

—¿Y qué le ha parecido á vm. la pobre miss Fenton? preguntó madama Horton á milord.

Sandford se apresuró á replicar:

—Hermosa, tan hermosa como siempre.

—¿Con qué ha sabido vencer su

pesar? dijo madama Horton, no pensando que hablaba delante de su nuevo amante.

—¡Su pesar! respondió Sandford, ¡miss Fenton afligirse por las penas que el cielo envia! esto no seria digno de ella.

—Pero hay ciertos acontecimientos que cuesta mucho trabajo á las mugeres el soportar, replicó inocentemente madama Horton.

Lord Elmwood preguntó á miss Milner si pensaba montar á caballo, en atencion al hermoso tiempo que hacia.

—Hay dos clases de mugeres, dijo Sandford, dirigiéndose á madama

Horton, y hay tanta diferencia entre ellas como entre los buenos y malos ángeles.

Lord Elmwood preguntó segunda vez á miss Milner si pensaba salir.

Ella respondió que no.

—Y la hermosura, continuó Sandford, prueba mejor que nada su insigne maldad. Lucifer era el mas hermoso de los ángeles.

—¿Cómo sabe vm. eso? dijo miss Milner.

—Su hermosura, continuó Sandford (desdeñándose responder á la pregunta), agravó su crimen, porque hizo ver en él una doble ingratitud

hácia el ser supremo que se la habia concedido.

— Ya que se trata de ángeles, dijo miss Milner, yo me alegraria de tener alas, al punto me echaria á volar para dar la vuelta del parque.

— Y seguramente se la tendria á vm. por un angel, dijo milord Elmwood.

Irritado Sandford de este corto cumplimiento, replicó de un modo tan ultrajante *, que miss Milner, que estaba ya de mal humor, se ofendió estremadamente de ello, y apeló,

* He aquí la replica; yo creeria que la piel de serpiente seria mas característica.

(*Nota del traductor francés*).

por decirlo así á su tutor, casi con las lágrimas en los ojos. — Milord, esclamó, ¿no me trata indignamente M. Sandford?

— Pienso seguramente como vm., y miró á Sandford con talante descontento.

Fué este un triunfo tan agradable para ella, que al punto perdonó aquella ofensa; pero el que la habia hecho no perdonó tan fácilmente su triunfo.

— Buenos dias, señoras, dijo milord Elmwood, levantándose para salir.

— Milord, dijo miss Woodley, vm. ha prometido á miss Milner el ir con

ella á la Opera; esta noche la hay.

—¿Vendrá vm., milord? preguntó miss Milner, con un tono tan atractivo, que milord pareció á un mismo tiempo querer y no poder escusarse.

—Yo como hoy en casa de M. Fenton, replicó; y si consiente en ir así como tambien su hermana, y vm. tiene la bondad de darles asientos en su palco, yo prometo á vm. el concurrir.

Era esta una condicion que ella no debia tener mucho gusto en aceptar. Sin embargo, como tenia curiosidad de verlo en compañía de su futura esposa (imaginándose que entonces le seria facil penetrar los verdaderos

sentimientos de milord), su respuesta fué bastante graciosa. — Con mucho gusto; mis cumplimientos á M. y miss Fenton; esperó que me harán el honor de venir á mi palco.

—Pues bien, señorita, si ellos van puede vm. contar tambien conmigo; de otro modo no puedo prometer á vm. nada. Con esto las saludó y salió.

Este dia se pasó, de parte de miss Milner, en una inquieta espectacion de lo que debia saber en la misma noche, porque del descubrimiento que ella hiciese iba á depender su futura conducta. Si observaba en las miradas, en las espresiones y en los

conatos de milord, que amaba á miss Fenton, desde el mismo instante dejaria ella de quererlo; pero si lo encontraba para con su rival con aire indiferente, desde el mismo instante tambien podria abandonarse á las mas lisongeras esperanzas.

Todo el dia estuvo consultando su espejo para aquellas dos ó tres horas de la noche. Aquella alternativa de temor y de esperanza en que fluctuaba su corazon, animó su tez y sus ojos con un nuevo brillo. Jamas habia estado ella mas hermosa; pero todos sus hechizos y el cuidado que habia ella puesto en adornarlos, todo vino á ser inutil; en vano estuvieron fijos

sus ojos sobre la puerta del palco, con la esperanza de verla abrirse. No pareció milord Elmwood.

La orquesta estuvo mala, el espectáculo fué detestable; en una palabra todo era para ella motivo de disgusto.

Esperaba pues con impaciencia á que se bajase el telon, porque no se encontraba bien en donde estaba; preguntábase sin embargo á sí misma: — ¿Seré menos desgraciada en casa? Sí. En casa veré á milord Elmwood, y esto es bastante dicha; pero él me mirará con indiferencia, y yo no dejaré de sufrir. ¡Qué hombre tan ingrato! no quiero pensar mas en él.

Si, al pensar en él hubiera podido separar su imagen de la de miss Fenton, hubiera sido su pena mas soportable; pero cuando ella se los representaba reunidos como dos amantes, apenas hay tormentos que compararse puedan á los que despedazaban su corazon.

Pocas personas saben lo que son realmente los zelos, porque pocas personas han sentido un verdadero amor. En los que se entregaron á estas dos pasiones, no solamente afectan el alma los zelos, sino tambien, si puedo decirlo, toda la máquina; todas las fibras de miss Milner se hacian sensibles, siempre que se

representaba á miss Fenton adorada de milord Elmwood y el objeto de sus conatos.

En el momento que se acabó la ópera, se apresuró á bajar, como para huir de su palco y de los tormentos que habia sufrido en él, y en lugar de entrar en el café, segun le instaba miss Woodley, esperó su coche en la puerta.

Quebrantado su corazon y lleno de despecho y de resentimientos contra aquel de quien ella tenia por que quejarse, no ponia ninguna atencion en cuanto pasaba alrededor de ella; en aquel momento una mano oprimió suavemente la suya, y una voz res-

petuosa y tierna le dijo: — ¿Tiene vm. á bien permitirme que la acompañe hasta su coche? A estas palabras salió de su cavilacion, miró, y vió á su lado á milord Federico. Sea que su corazon enternecido por su amor hácia otro, fuese mas accesible que antes; sea que animado por el resentimiento, se apresurase á aprovechar una ocasion de venganza, lo cierto es que aquel momento fué favorable á milord Federico, Pareció muy contenta de verlo, y milord lo notó con el enagenamiento de un humilde adorador. Seguramente no era amor lo que ella sentia hácia él, era solamente reconocimiento por el conato de mi-

lord comparado con la indiferencia con que la trataba su tutor; pero milord Federico era muy escusable en engañarse, y mirar aquel movimiento de reconocimiento como una centella del secreto afecto que le conservaba; este engaño sin embargo no le hizo traspasar los límites del respeto; la acompañó al coche, la saludó profundamente y desapareció.

Miss Woodley hubiera querido curarla de un amor que no podia menos de hacerla desgraciada; así es que en el camino fué haciendo el elogio de milord Federico, y se esforzó á enternecer su alma en favor suyo; pero esta tentativa desagradó á miss Milner.

— ¡Qué! esclamó, ¿quiere vm. que yo ame á un libertino, al amante declarado de todas las mugeres! Eso es imposible. Un libertino es tan odioso á mis ojos, como lo es una muger sin costumbres á los de un hombre delicado. ¿En donde está la gloria, en donde la dicha de inspirar una pasion que mil otras mugeres pueden inspirar igualmente?

— Es muy estraño, decia miss Woodley, que vm., que no está exenta de varios caprichos que se achacan á su sexo, pueda dirigirse en la eleccion de un amante, por un gusto tan opuesto al de casi todas las mugeres.

— Mi querida miss Woodley, replicó la otra, compare vm. los obsequios insípidos y frívolos de un libertino, con la pasion profunda y animada de un hombre virtuoso, y juzgue vm. misma.

Sonrióse miss Milner de verla en una opinion que á la mitad de su sexo pareceria ridícula; pero movida del tono de verdad que habia comunicado á sus palabras, ya no dudó que su conducta reciente con lord Federico no hubiese sido un puro afecto del momento ó del acaso.

Detúvose su coche á la puerta al mismo tiempo que el de milord Elmwood: M. Sandford estaba con él y

ambos venian de pasar la noche en casa de miss Fenton.

—Parece, milord, dijo miss Woodley, luego que entraron en la sala, que no ha venido vm. á reunírsenos.

—No, respondió, y lo he sentido; ¿pero creo que vms. no me habrán esperado?

—¡Que no le habremos esperado milord! esclamó miss Milner, ¿no nos habia vm. dicho que vendria?

—Si lo hubiera dicho positivamente, á buen seguro que no hubiera faltado; pero yo no me habia comprometido sino bajo condicion.

—Es la verdad, esclamó Sandford; porque yo estaba presente cuando él ha dicho que eso dependeria de miss Fenton.

—¿Y miss Fenton con su humor melancólico, dijo miss Milner, ha preferido el estarse en casa?

—¡Humor melancólico! repitió Sandford; tiene mucha jovialidad, y yo creo que jamas ha estado mas alegre que esta noche, milord.

Milord no dijo una palabra.

—Perdone vm., M. Sandford, dijo miss Milner, yo no he pretendido hacer ninguna reflexion acerca del humor de miss Fenton, sino solamente vituperar el gusto que la induce á estarse en casa.

—Yo pienso, replicó Sandford, que con mas justicia se podria vituperar el de aquellas que prefieren estar siempre fuera.

—Pero, á lo menos, señoras, dijo milord Elmwood, espero que no me habrán echado muy de menos; ¿porque segun veo tenian vms. un caballero consigo?

—¡Oh! sí, y aun dos, respondió el hijo de lady Evans, jóven que acababa de salir del colegio y que miss Milner habia llevado consigo.

—¿Cómo dos? preguntó milord Elmwood.

No respondieron una sola palabra ni miss Milner ni miss Woodley.

—Señorita, dijo el joven Evans, vm. conocia á aquel bello joven que le ha dado la mano hasta su coche, le llamaba vm. milord.

—¡Oh! quiere hablar de lord Federico Lawnly, dijo con negligencia miss Milner, aunque poniéndose colorada de confusion.

—¿Y él le ha dado á vm. la mano hasta el coche? preguntó con viveza milord Elmwood.

—Ha sido un puro efecto de la casualidad, replicó miss Woodley; porque era tan grande la multitud...

—Yo creo, milord, dijo Sandford, que ha sido una felicidad que no haya estado vm. allí.

—Si lord Elmwood hubiese estado con nosotras, no hubiéramos tenido necesidad de nadie, dijo miss Milner.

—Señorita, replicó Sandford, milord Elmwood ha sido muy frecuentemente con vm. y sin embargo...

—M. Sandford, interrumpió lord Elmwood, es tarde, y vm. está impidiendo á estas señoras el que se retiren.

—No se tendrá que hacer á vm. esa reconvencion, milord, respondió miss Milner, porque no dice vm. una palabra.

—Es que, señorita, temeria desagradar.

—Quizá tambien podria vm. complacer, y sin arriesgar lo uno no se puede conseguir lo otro.

—Yo creo que en este momento no serian iguales las probabilidades; yo prefiero el dar á vms. las buenas noches, y salió un poco bruscamente.

—Lord Elmwood, dijo miss Milner, está muy serio. No parece á un hombre que ha pasado la noche con la que ama.

—Será acaso el sentimiento de haberla dejado, dijo miss Woodley.

—O mas bien ofendido, dijo Sandford, del modo con que se ha hablado de ella en su presencia.

—¿Quién? ¿yo? protesto á vm. que no he dicho nada.

—¿Nada? ¿no ha dicho vm. que era melancólica?

—Nada que yo no pensase, iba á añadir, señor Sandford.

—Teniendo vm. esos pensamientos, seria mas oportuno el no manifestarlos.

—¡Con qué estaré precisada á callar frecuentemente!

—Mas valdria no hablar con efecto, que hablar para mortificar á nadie. ¿Sabe vm., señorita, que milord está próximo á casarse con miss Fenton?

—Sí.

—¿Y sabe vm. que la ama?

—No.

—¿Cómo? ¿cree vm. que no la ama?

—Quiero creer que la ama, pero no lo sé.

—Pues en ese caso ¿cómo tiene vm. la indiscrecion de sacar en su presencia defectos á miss Fenton?

—¡Defectos! Decir que su humor es melancólico, es, á mi modo de entender, hacer su elogio á los ojos de milord y á los de vm.; porque á vms. acomoda que se tenga ese humor.

—Cualquiera que sea el suyo, todo el mundo la admira; pero lejos de justificar la idea que ha formado vm. de ella, aseguró á vm. que tiene mu-

cha alegría, y una alegría que procede del corazon.

— Si, en efecto, la viese yo salir de esta uniformidad, la admiraria tambien; pero el mal está en que se queda en ella.

— Vamos, vamos, dijo miss Woodley, ya es hora de retirarnos; mañana volverá vm. á tomar con M. Sandford, la discusion en donde queda.

— ¿Discusion, señorita? replicó Sandford; en toda mi vida he discutido sino con teólogos. Yo queria solamente advertir á su amiga de vm. el que no mirase con tanto desprecio virtudes que le seria muy honroso tener. Miss Fenton es una joven muy

amable, y digna de un marido tal como lo será para ella milord Elmwood.

— Estoy segura, dijo miss Woodley, que miss Milner piensa del mismo modo. Tiene una alta opinion de miss Fenton; no era mas que una chanza lo que decia.

— Pero, señorita, la chanza es una cosa perniciosa cuando va acompañada de una sonrisa maligna. Yo he visto chanzas que han mancillado la reputacion de una muger; chanzas que han inspirado á una persona disgusto hácia otra; chanzas que han desbaratado un matrimonio.

— Pero yo creo que aquí no hay

que temer semejante cosa, dijo miss Woodley (deseando que él pudiese responder que por el contrario habia mucho que temer).

—No, á lo menos no preveo tal, ni Dios lo permita; porque yo los miro como formado el uno para el otro. El mismo caracter, el mismo gusto, las mismas inclinaciones, y, como dice la Escritura, su amor es *puro y blanco como la nieve.*

—E igualmente frio, me atrevo á decirlo, replicó miss Milner.

Pareció Sandford vivamente irritado.

—Mi querida, esclamó miss Woodley, ¿cómo puede vm. hablar así? De

veras, yo creo que tiene vm. alguna rancilla, porque milord Elmwood no se ha ofrecido á vm.

—¡A ella! dijo Sandford, afectando la mayor sorpresa. ¡A ella! cree vm. pues que se le hayan dispensado sus votos para que se case con una coqueta, con una...

—Vaya, M. Sandford, esclamó miss Milner interrumpiéndolo, yo creo ciertamente que mi mayor crimen á sus ojos de vm. es el de ser hereje.

—Nada de eso: Esa consideracion es la única que puede justificar á vm.; porque si no tuviese vm. esa escusa, no le quedaria ninguna otra.

— Segura estoy pues al presente de tener una escusa. Doy á vm. las gracias, señor Sandford, es la cosa mas obsequiosa que vm. me ha dicho todavía. Pero veo con pena que tiene vm. sentimiento de habérmela dicho.

— ¡Sentimiento de que sea vm. hereje! replicó él. En verdad lo tendria mucho mayor de que fuese vm. la afrenta de nuestra religion.

Repetidas veces en el discurso de la noche habia necesitado miss Milner echar mano de toda su paciencia; pero esta replica de M. Sandford se la apuró enteramente; y levantándose con la mas violenta agitacion: —¿Qué

he hecho yo, esclamó, para que se me trate de este modo?

Aunque Sandford no fuese hombre que se intimidase con facilidad, fué sin embargo visible su turbacion, y el movimiento de sorpresa que le hizo estremecerse, tuvo mucha semejanza con el miedo. Viendo miss Woodley á su amiga pronta á sofocarse, la tomó en sus brazos, y le dijo con un tono lleno de ternura y de piedad: — Serénese vm. mi querida miss Milner.

Sentóse miss Milner; pero, durante algunos minutos estuvo Sandford mas espantado de su triste silencio que lo habia estado de su cólera, y no se

tranquilizó perfectamente hasta el momento en que vió las lágrimas bañar el rostro de miss Milner : entonces suspiró de júbilo al ver que aquella escena terminaba de aquella manera; pero prometiéndose el no perdonarle jamas el ridículo espanto que le habia causado salió sin proferir una palabra. Como jamas se acostaba sin hacer antes una larga oracion, cuando llegó al lugar en que se implora la clemencia del cielo en favor de los *malvados,* pronunció con la mas ferviente devocion el nombre de miss Milner.

Capitulo Cuarto.

Si bien es cierto que miss Milner habia pasado muchas noches sin dormir, no sucedió lo mismo en esta : no es que no tuviese en su corazon un peso